

vida de la clase obrera, a la cual pertenecía y de la que nunca se desligó. Sus discursos sencillos y directos, apretados de hechos y datos, unidos por justas y generosas consideraciones de tipo general, fueron irrefutables. Una gran serenidad, un alto idealismo y una elevada nobleza de tono y forma confririeron a Recabarren un estilo propio e inconfundible que se impuso a la Cámara con respeto y simpatía. Lo que decía era sabio, por haberlo vivido dramáticamente; no eran palabras vanas ni eran demagogias oportunistas; de ahí que no pudo ser menoscabado, o cogido en falta, o mirado en menos. Su hombría, su franqueza y su indudable talento fueron unánimemente reconocidos.

Un arraigado y ecuánime propósito de justicia social informó toda su labor y dignificó su existencia. Por eso sus acciones, sus ideas y sus luchas generosas son un aporte de mérito al patrimonio ideológico nacional y le otorgan un importante sitio en el desarrollo político y en el pensamiento social de nuestro país.

Es en tal sentido que le recordamos con afecto y admiración, al cumplirse el primer cuarto de siglo de su trágico fallecimiento, y que destacamos su figura luminosa de hombre y apóstol.

#### STALIN VISTO POR TROTSKY.

En los últimos meses hemos leído algunas interesantes biografías. Así, por ejemplo, «Zola y su época», de Matthew Josephson, que nos entrega una completa y atractiva evocación de la segunda mitad del tumultuoso siglo XIX en Francia. La personalidad combativa y poderosa de Emile Zola está magistralmente retratada en sus diversos períodos y en sus distintas reacciones; su portentosa creación novelística es analizada con finura y comprensión; y el marco social, político literario y familiar, en donde actúa, está notablemente presentado en sus hechos y rasgos más característicos y apasionantes. De la vasta producción zolaciana brillarán permanentemente media docena de obras extraordinarias. De su vida ciudadana, su gesto de com-

batiente intrépido de la verdad, en el asunto Dreyfus, vivirá eternamente como ejemplo de valor cívico y de entereza moral.

Otra biografía de gran interés es la de «Anatole France» por Jacques Suffel. En cierto modo se complementa con la de Zola, que hemos mencionado. Es un estudio completo de la extraña personalidad del tímido y refinado A. France y de la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, en Francia, en sus hechos más importantes y pintorescos. La carrera literaria de France es seguida paso a paso; sus obras son criticadas con rudeza y, finalmente, el balance no le es muy favorable. Muchos de sus libros, que en su tiempo gozaron del favor del público, hoy nos dejan fríos e indiferentes; nos damos cuenta rápidamente que la obra de fichero y marquetería ocupa un espacio desproporcionado en la construcción franciana.

Sin duda son dos biografías de especial interés que nos trasladan a una de las épocas literarias más interesantes y que nos ponen en contacto con dos de sus valores más representativos. Pero, en esta ocasión, deseamos llamar la atención sobre otra biografía, de carácter y contenido distintos a las que hemos nombrado. Nos referimos al estudio inmenso que León Trotsky consagró a Stalin y en el que trabajaba intensamente, cuando fué asesinado en forma alevosa y siniestra. «Stalin» de Trotsky es una vasta y minuciosa biografía publicada por Harper y Brothers de Nueva York. La hemos leído en la edición española, aparecida en Barcelona, en la casa José Janés.

León Trotsky no alcanzó a terminarla, al ser asesinado, a mediados de 1940, mientras trabajaba en ella. Sus manuscritos fueron dispersados y averiados en el forcejeo que sostuvo con el asesino; numerosas páginas quedaron empapadas con su sangre ardiente y combativa. Por eso, para lograr la publicación, fué necesario que sus papeles se sometieran a una cuidadosa revisión y compilación. Tan delicada tarea estuvo a cargo de Charles Malamuth, quien contó, además, con la ayuda y consejo de algunos especialistas. Charles Malamuth agregó notas explicati-

vas y un extenso y completo índice de hechos y personajes vinculados con el desarrollo de la biografía.

A pesar de su imponente extensión es una obra que se lee con profundo interés y voraz curiosidad. Trotsky trata de adoptar un tono objetivo, para llevar a cabo su estudio; pero, en el fondo, es una apasionada diatriba que exhibe una cantidad inmensa de hechos desconocidos, de documentos valiosísimos y de variados juicios de miembros del partido Bolchevique y de los demás que participaron en la revolución de 1917.

En realidad, no se le puede exigir a Trotsky una objetividad completa, por cuanto fué uno de los actores principales en el drama ruso, desde 1917 a 1927. En esos diez dramáticos años asistió al proceso de derrumbamiento del viejo orden autocrático zarista y, luego, al de intento de creación de una moderna sociedad. Fué uno de los artesanos más señalados de este nuevo régimen y conoció a todos sus principales dirigentes, desde Lenin hasta el último bolchevique, por lo que su pluma, a menudo, traza palabras plenas de pasión y de furor.

Trotsky es autor de una notable «Historia de la Revolución rusa», de un admirable estudio sobre «Lenin» y de bellísimas páginas autobiográficas, en «Mi Vida», donde toca la revolución y las participaciones que le cupo. De aquí que era ineludible para él culminar dicha labor con un trabajo vasto sobre Stalin, su rival victorioso en el comando definitivo del experimento soviético. Por otra parte, la misión de Trotsky era inevitable desde que Stalin inició la liquidación sistemática de todos los grandes líderes bolcheviques de la Revolución de octubre-noviembre de 1917, y es de creer que Trotsky no se haría ilusiones en cuanto a su existencia: tarde o temprano tendría que caer segado por la despiadada maquinaria de Stalin.

El desarrollo del plan de destrucción de la vieja guardia revolucionaria es impresionante: 18 de junio de 1936, muerte de Máximo Gorki, causada por la Guepeú, según confesión posterior de Yagoda, su jefe, y ejecutado a raíz de uno de los célebres pro-



cesos; 19-21 de agosto de 1936, juicio de los Dieciséis, siendo fusilados Zinoviev y Kamenev y otros destacados dirigentes; 23-30 de enero de 1937, juicio de los Diecisiete, en el que fueron ejecutados trece y Radek y Sokolnikov, junto a dos oscuros compañeros, condenados a prisión; 18 de febrero de 1937, muerte súbita de Sergio Ordzhonikidzé, viejo bolchevique caucasiense, de gran prestigio; 12 de junio de 1937, ejecución del Mariscal Tujahevsky, héroe de la guerra civil junto con siete generales famosos. Diciembre de 1937, ejecuciones de Yenukidzé, Karajan y otros; 2-13 de marzo de 1938, juicio de los Veintiuno, de los cuales dieciocho son ejecutados, entre ellos Bujarin, Rykov (quien había sucedido a Lenin, en 1924), Krestinsky, Rakovsky y dos más fueron condenados a prisión; 20 de agosto de 1940, asesinato de Trotsky, en Méjico, por un agente de la Guepeú.

Ahora bien, ¿cómo se explica que Stalin haya sido el vencedor en la lucha por la sucesión de Lenin y que haya logrado vencer a sus rivales, todos ellos de mayores antecedentes? El libro de Trotsky analiza este fenómeno en largas páginas. Stalin representa un fenómeno sumamente excepcional. No es un pensador, ni un escritor, ni un orador y, no obstante, tomó posesión del Poder antes de que las masas aprendiesen a distinguir su figura de otras durante los triunfales desfiles a través de la Plaza Roja. Es que Stalin tomó posesión del poder no valiéndose de sus cualidades personales sino que con ayuda de una máquina impersonal, que no fué él quien la creó sino que la máquina fué quien lo creó. Tomó posesión de la máquina para lo cual se necesitaban cualidades especiales y de excepción, pero que no eran las cualidades del iniciador histórico, del pensador, del escritor ni del orador.

Trotsky traza un retrato digno de conocerse de su rival: «José Djugashvili fué miembro de esa Orden (la orden de los «revolucionarios profesionales») y compartió parte de sus atributos: muchos, pero no todos. Vió la finalidad de su vida en derribar los poderes existentes. El odio a ellos era en su espíritu infinitamente

más activo que el amor a los oprimidos. La prisión, el destierro, los sacrificios, las privaciones no le asustaban. Sabía mirar al peligro cara a cara. Al mismo tiempo, se daba cuenta muy bien de ciertos defectos suyos, como son su torpeza, su falta de talento, la general mediocridad de su continente físico y moral. Su arrogante ambición estaba impregnada de envidia y malevolencia. Su pertinacia corría parejas con su espíritu vengativo. El destello icterico de su mirada inducía a las personas sensibles a la cautela. Ya en sus días de colegio se hizo notar por su maña en advertir las flaquezas de los demás y por insistir sobre ellas despiadadamente. El ambiente del Cáucaso resultó sumamente favorable para fomentar estos atributos básicos de su carácter. Sin perder pie en medio de sus entusiasmos, sin enardecerse entre quienes se inflamaban fácilmente y con igual facilidad se enfriaban, aprendió pronto en la vida a apreciar las ventajas de la entereza fría, de la circunspección y, especialmente, de la astucia, que, en su caso, se transformó sutilmente en marrullería. Especiales circunstancias históricas habrían de investir de primera importancia esos atributos esencialmente secundarios».

Trotsky deshace muchas leyendas sobre las actuaciones de Stalin. Así el asalto a un convoy de cosacos custodiando dinero, el 12 de junio de 1907, en Tiflis, fué realizado por el guerrillero armenio Petrosyan, apodado Kamo, admirado amigo de Lenin. Stalin no tuvo ninguna participación en este hecho. El gran fabricante de explosivos para tales operaciones era el ingeniero Krassin, formidable economista además, y quien tendrá un papel de primera magnitud en los años iniciales del régimen soviético. El admirable organizador de los cuadros del partido y, luego, desde el gobierno de la administración, fué Sverdlov, extraordinario bolchevique por su capacidad de trabajo y su habilidad organizativa. La batalla de Tsaritsyn (hoy día Stalingrado) que ha sido levantada al rango de acción decisiva para el destino de la revolución rusa, y en la cual habría demostrado Stalin condiciones de guerrero, según Trotsky, fué un episodio

secundario en la guerra civil; en cambio, la batalla trascendental que salvó al nuevo régimen se libró cerca de Kazan, en contra de los checos y de los guardias blancos y en ella no tuvo participación Stalin; ese triunfo salvó a Moscú y fué la primera gran victoria soviética, en septiembre de 1918. También estima Trotsky que la desobediencia y deslealtad de Stalin, fueron las que determinaron la derrota de los ejércitos bolcheviques frente a Varsovia. En efecto, Tujachevsky fué dejado sin apoyo por el grupo occidental de los ejércitos del sur que avanzaban hacia Lemberg y cuya principal figura política en su Consejo revolucionario de guerra era Stalin. En vez de atacar el flanco de las tropas polacas, próximas a Varsovia, se alejaron y dejaron en descubierto a Tujachevsky, quien tuvo que retroceder.

En las luchas de 1924, después de uno de los plenos de Comité Central, Trotsky habría dicho a Y. N. Smirnov: «Stalin se hará dictador de la U. R. S. S.»; y éste habría respondido: «¿Stalin? ¡Pero si es una mediocridad, una nulidad incolora!» y agrega, Trotsky: «Mediocridad, sí; nulidad, no... La dialéctica de la historia le ha enganchado y le llevará. Le necesitan todos: los fatigados radicales, los burócratas, los de la N. E. P., los kulaks, los advenedizos, los rastrosos, todos los gusanos que surgen del revuelto y abonado suelo de la Revolución. El sabe cómo tratarlos en su propio terreno, habla su lenguaje y conoce el modo de conducirlos. Tiene la merecida reputación de viejo revolucionario, que le hace inapreciable para ellos como visera para cubrir los ojos del país. Le sobra voluntad y audacia. No vacilará en utilizarlos y moverlos contra el Partido; ya ha comenzado a hacerlo. Ahora mismo está disponiendo en torno suyo a los solapados bribones del partido, a los diestros trampistas. Como es natural, pueden producirse en Europa, en Asia y en nuestro país grandes acontecimientos que trastornen todos estos planes. Pero si todo continúa automáticamente como hasta aquí, Stalin se convertirá automáticamente en dictador».

Trotsky para expresar este juicio se basaba en el conocimien-



to de los atributos especiales del carácter de Stalin. Afirma que la astucia, la perfidia, la habilidad de explotar los más ruines instintos de la naturaleza humana, están desarrollados en grado extraordinario en Stalin y ellos constituyen sus terribles armas, sobre todo para seleccionar a los hombres para puestos privilegiados y unirlos en el espíritu de casta; para debilitar y disciplinar a las masas, tareas en las que se destaca, y de donde pudo convertirse en el caudillo de la reacción burocrática, transformándose en el adalid del Termidor. Trotsky expresa que la falta de imaginación creadora y su incapacidad para generalizar y prever mataron en Stalin al revolucionario tan pronto empuñó por su cuenta el timón del estado soviético, «pero esos mismos rasgos, respaldados por su autoridad de antiguo revolucionario, le permitieron disimular el auge de la burocracia termidórica». Para Trotsky, la dictadura posterior de Stalin alcanza contornos increíbles: su ambición adquirió un tinte de asiática incultura, intensificada por la técnica europea. Le es indispensable que la prensa le ensalce a diario con extravagancia, publique sus retratos, e imprima su nombre en grandes titulares. Por eso hoy día la prensa, la novela, la ópera, el cine, la pintura, la escultura, incluso las exposiciones agrícolas y ganaderas, todo ha de girar en torno a Stalin como en torno a su eje. Se le llama padre del pueblo, gran maestro, genio, sabio, filósofo, y el escritor Alexis Tolstoy escribió lo siguiente, que indica la medida del servilismo al respecto: Tú, refulgente sol de las naciones, sol sin ocaso de nuestra época, y más que sol, pues el sol no es sapiente...